

Rubén Darío: “De invierno”

Por José Kozer

Darío es experto en ocultamientos, su escritura es brillo encaminado a obnubilar al lector, insertarlo en un mundo de esplendor y belleza, cuya función consiste en esconder la tragedia, la devastación existencial, y el horror. O en un sentido más primario y realista, la injusticia social.

Ora consciente, ora inconscientemente, Darío va creando un mundo altamente poético que “extravía” al lector del fondo subyacente que necesita transmitir: lo hace forjando belleza, estados mentales poéticos, lenguaje preciso “modernista” que nos aleja cada vez más de ese fondo o fondos de horror y de devastación del ser, vacío ulterior, noción de la Nada: supremas realidades últimas, ajenas a las ideas de vida eterna que prometen las religiones, o de un Dios creador que consuela de la brevedad de la vida, de modo que el lenguaje, la imaginería que Darío urde y trama en muchos de sus poemas están ahí para que leamos eso y sólo eso, lenguaje suntuario inscrito para esconder el sentimiento trágico y de terribilidad de la existencia que considero es esencial para comprender la obra del poeta nicaragüense.

En “De invierno” tenemos un doble horror (social y existencial): el social, donde un hombre viejo (“dejo mi abrigo gris” es metonimia de vejez) retrata a su mantenida, esa mujer, probablemente de clase baja, que él aúpa y mantiene para su usufructo y objeto de deseo, rodeándola de objetos que la encierran más y más “para gusto del consumidor”. París, ciudad lejana y de ensueño, central a la vez que extranjera, centro descentrado para el poeta latinoamericano de la época, es aquí ciudad que lo esconde todo: la nieve esconde el calor humano de una inexistente relación amorosa de igualdad y compatibilidad anímica y espiritual, al igual que la hermosa Carolina esconde a una mantenida que no deja de ser objeto del deseo de una sexualidad, probablemente devastada, del señor y amo ricachón que se puede dar el lujo de mantenerla para su uso y abuso, incluso diría para su beneficio social, ya que la puede sacar del apartamento y exhibirla por las calles de París como propiedad privada en cuanto llegue la primavera.

La belleza creada por Darío nos va envolviendo y alejando del fondo oculto que se propone revelar: nos sometemos al imperativo con que el poema se inicia (mirad) y empezamos a mirar, y miramos ora un lenguaje cercano a lo ordinario (apelotonada, hocico, jarras, abrigo gris, rosa roja, nieve) ora un lenguaje sublime y exaltado, extranjerizante y de ensueño (marta cibelina, fino angora, falda de Alençon, porcelana

china, biombo de seda, sutiles filtros, flor de lis) ora la caída de la nieve, la concomitante tristeza de situación creada por Darío, y un París soñado, a la vez lejano pero central a sus aspiraciones, cercano y descentrado a sus deseos de poeta abierto a lo nuevo, todo ahí para ocultar la verdad del texto.

La verdad que implica a un Darío doloroso, dolido por su condición de pobre infeliz latinoamericano ante una Europa prepotente, condición que lo lleva de la soberbia al desastre personal, a un erotismo a veces perverso, y a una situación servil ante la “grandeza” europea (su relación, por ejemplo, con Verlaine, poeta para mí de segunda fila y bastante torpe como ser humano) a todo lo cual subyace, capa más profunda, un auténtico sentimiento trágico de la vida (uso el término unamuniano para acentuar indirectamente otra difícil relación de autor como la que hubo entre Darío y Unamuno) y que en “De invierno” se sostiene en la noción de lasitud del personaje (Carolina) que no es más que la lasitud existencial, desgarrada de Darío ante la atroz y escandalosa realidad de la Muerte. Así, a mi juicio, el dulce sueño de que se nos habla oculta un sueño más hondo, que es el de la caverna de la Nada, la imposibilidad de una vida eterna, de una encarnación renovada en una esfera trascendente en la cual, estoy convencido, Darío, espíritu laico, no creía. La blancura que realza el texto (invierno, marta cibelina, angora blanco, la porcelana, el rostro de esa Carolina que bien puede ser Marta y una marta animal despellejada, y la flor de lis) nos conmina a sacudirnos de los paramentos del poema, alzar sus capas de ocultamiento establecido por la vía del lenguaje suntuario y bello, hasta topar (tropezar) con la verdad del texto en cuanto horror de blancura (a lo Edgar Allan Poe) y en cuanto destitución del ser y de toda esperanza de continuidad en el momento de la muerte. Cielo oculto por la blancura lenta e indefectible de la nieve que cae y que oculta (impide) una posible y feliz, radiante, asunción.

“De invierno”

En invernales horas, mirad a Carolina.
Medio apelotonada, descansa en el sillón,
envuelta en su abrigo de marta cibelina
y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino angora blanco junto a ella se reclina,
rozando con su hocico la falda de Alençon,
no lejos de las jarras de porcelana china
que medio oculta un biombo de seda del Japón.

Con sus sutiles filtros la invade un dulce sueño;

entro, sin hacer ruido; dejo mi abrigo gris;
voy a besar su rostro, rosado y halagüeño

como una rosa roja que fuera flor de lis.
Abre los ojos; mírame con su mirar risueño,
y en tanto cae la nieve del cielo de París.

José Kozer (Cuba). Autor de una extensa obra poética, recibió en 2013 el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda. Entre sus libros de poemas se mencionan *Jarrón de las abreviaturas* (1980 y 2003), *Bajo este cien* (1983), *La garza sin sombras* (1985 y 2006), *El carillón de los muertos* (1987 y 2006), *La máquina ilimitada* (1998), *No buscan reflejarse* (2001), *Rosa cúbica* (2002), *Satori* (2013), *Una huella destartalada* (2014) y *Suite Guadalupe* (2015).